

ciador de que se condecorase á éste con la cruz de la orden de Guadalupe, que el efímero Imperio de Maximiliano hizo revivir de las frías cenizas del de Iturbide. Se le mandó tal condecoración.

Poco tiempo después de que el conde volviera á París, nuestro Gonzalitos comenzó á recibir opúsculos que allá se publicaban sobre materia médica, y que con exactitud le remitía aquel hidalgo comprofesor, en quien tuvo un admirador constante. Yo ví muchos de esos opúsculos en la Biblioteca del Dr. González.

V.

Hospitales en Nuevo-León.—Hospital Gonzalitos.—Escuela de Medicina.

SE ha visto en la reseña sobre instrucción secundaria, que precede, que se pensó en ella casi en los comienzos de la colonia que formó el Nuevo Reyno de León. No puede decirse lo mismo respecto á la fundación de un hospital, aunque hubiera remediado en mucho los crueles sufrimientos de la raza indígena, que gemía en las congregas, siendo víctima de la desenfrenada avaricia de varios de los colonos, como lo prueba el que un Lic. Barbadillo y Victoria, apareciera al principio del siglo último como un redentor de los indios puestos en civilidad, según se decía entónces. Harto era, sin embargo, para un Fray Andres de León en los albores del siglo dieziseite y para un Gerónimo López Prieto, un siglo después, apoderarse de las almas de los conquistados, ya que no podían apoderarse de sus cuerpos, aunque, sea dicho en justicia, ponían de su parte toda la solicitud posible, á efecto de mejorar la condición física de los indígenas reducidos.

Sólo hasta fines del siglo dieziocho se logró la fundación de un hospital.

Hé aquí lo que á este respecto dice el Dr. González en los apuntes biográficos del tercer Obispo de Linares D. Ambrosio de Llanos y Valdez, que gobernó la Diócesis de mediados de 1792 al 19 de Diciembre de 1799.

“El Sr. Valdez pidió y obtuvo la licencia para fundar un Convento de Capuchinas y un Colegio de propaganda *Fidei*; fundó el Colegio Seminario y el Hospital, y emprendió la construcción de la Catedral nueva (1), del edificio para hospital y del Convento para Capuchinas; pero á los tres años de comenzadas estas obras las mandó suspender (y ya no volvieron á continuarse), porque, habiéndose disgustado con el Cabildo y con el Gobernador Herrera (D. Pedro Herrera y Leyva), pensó en trasladar la silla episcopal al Saltillo, cosa que no consiguió.”

Sin embargo, quedó fundado el Seminario, como se ha dicho anteriormente y aun para el 9 de Junio de 1798 habíase construido algo del Hospital, según el informe de esa fecha rendido por el arquitecto constructor D. Juan

(1) Se pusieron los cimientos de esa Catedral y aun se levantaron paredes, que vinieron á ser lo que se llamó la ciudadela, últimamente demolida. La Catedral actual fué comenzada, según el Dr. González, en 1635 y consagrada por el bendito Sr. Belaunzarán en 4 de Junio de 1833. Se hizo el relox que tiene en 1786 por D. Antonio Velázquez en México y no se puso sino hasta 1817. •

Crouset, que había traído el Sr. Valdez al venir de México al recibirse de la Diócesis. (1)

“El dicho plan del Hospital, dice el informe, tiene cien varas castellanas en cuadro, tiene el primer patio para hombres de treinta y nueve varas en cuadro con salas de enfermos y sus oficinas que le corresponden. Tiene un patio dicho para mujeres. Tiene un patio, salas y oficinas para los enfermos convalecientes. Tiene un patio para el Padre Capellán con todas las viviendas correspondientes para dicho.”

.....
“Estado en que se halla en el día.

“Tiene el primer patio dicho de hombres dos lados concluidos y oficinas del piso bajo y uno de dichos dos naves de salas ú oficinas. Tiene otros dos lados de dicho patio demostrados, y la altura de tres y media varas. Tiene sesenta y ocho varas de cimientos hechos en su frente.”

Comenzada tan benéfica obra bajo los auspicios de la Iglesia, es fuera de duda que los sucesores del Sr. de Llanos y Valdez la continuaron, vista la necesidad apremiante de una institución tan necesaria en una población como la Monterrey de entonces, en que, por la ninguna higiene pública, la paludiana hacía terribles estragos.

(1) Apuntes para la historia eclesiástica del Obispado de Linares, por el Dr. González.

Y en efecto: el Hospital de Capuchinas, que debe ser el mismo que el que fué conocido con el nombre de Nuestra Señora del Rosario, se abrió al servicio de la clase menesterosa. Como anteriormente se ha dicho, estuvo ese hospital en la casa conocida por "El Colegio de niñas," por haber tenido allí por muchos años un Instituto las hermanas de la caridad, de la orden de San Vicente de Paul. La Iglesia lo administraba.

Para cuando vino, quien después fué Gonzalitos (1833), era su capellán el caritativo sacerdote D. José Antonio de la Garza Cantú, y el médico á cuyo cargo había estado fué D. Ignacio Cendejas, que se había ido de esta capital. El Illmo. Sr. Belaunzarán encargó al pasante de medicina José Eleuterio González de aquel establecimiento.

El trato frecuente del jóven González y del Sr. Garza Cantú formó entre ellos un vínculo de unión para el bien. ¡Con qué íntimo placer hacía recuerdos Gonzalitos de aquel dignísimo sacerdote! Y á fé que con sobrada razón; porque fué el único hombre que, en medio á los desabrimientos profundos que le afligieron, y de que ya se ha hablado, le abrió, por decirlo así, las puertas del consuelo. Vivió á su lado, y la habitación de ambos era una especie de claustro que convidaba á meditar.

Tenía, por otra parte, cierta marcada in-

clinación al retraimiento, que rayaba casi en costumbre. ¡Cuan cierto es aquello de Jeremías: *bueno es para el hombre haber llevado el yugo desde su mocedad!* El incansable González había hecho sus estudios en un Seminario en que, como es de comprenderse, el mejor tipo de vida que se presenta al estudiante es el de la monástica.

Salido del Colegio, y al venirse á San Luis Potosí, vivió al lado del padre Jiménez en el convento de Franciscanos, de donde salía tan sólo á practicar al Hospital de San Juan de Dios, y aun antes de venir á encargarse del de Nuestra Señora del Rosario en los pocos meses, que había estado transitoriamente en esta capital al lado también del referido sacerdote, habitó una de las celdas del Convento de San Francisco.

La tormenta, pues, que tuvo que contrastar en el mundo, y después de cuyos negros, su gigante corazón pudo presentarlo en la altura en que el desastre es un triunfo; lo hizo volver á su antigua costumbre, de hallar en el silencio de una biblioteca, en los esplendores de provechoso estudio, el astro que conduce á la redención en las decepciones, en los martirios de la vida. Felices los que hacen de un desengaño una lección, y saben permanecer en pié, saben sobreponerse á las borrascas más desencadenadas del mundo, hallando en el *sancta sanctorum* de la ciencia, sin pretenderlo

siquiera, el poderoso medio de engrandecerse!

El silencio y la dedicación al estudio hacen nacer en el espíritu ideas levantadas, despiertan y arraigan la pasión del saber, y en el corazón sentimientos filantrópicos! Y sólo las meditaciones solitarias han engendrado fecundos escritores como un Santo Tomás de Aquino, un Benedicto XIV y un Lope de Vega, el monstruo de la naturaleza, ó el Fénix de los ingenios, como lo ha llamado la posteridad.

Gonzalitos halló en los labios de aquel venerable y cariñoso amigo palabras de consuelo y un eco simpático á todos sus iniciativas filantrópicas. En su amarga decepción no tuvo una soledad desgarradora, y entonces, entregado al estudio, acorazando su corazón para todo mal sentimiento; inspirándose en la más levantada filosofía, en el estoicismo más pirrónico para el agravio y en la sana moral del evangelio, concretada en la frase casi vulgar de *vuelve bien por mal*; entonces, fortificada su alma con la terrible lógica del infortunio, se afirmó en él de un modo estable el rasgo típico, que le distinguió, por haber sido la característica de su vida, cual es: que él se dedicó, se entregó de lleno á la ciencia, nó como un medio mercenario para obtener lucro, y ni como un vano ú ostentoso medio para alcanzar honores: él verdaderamente amó la ciencia con el único objeto de ser útil á sus semejantes:

como un sacerdote de verdadera vocación ama su creencia.

Jamás entró en su espíritu la vanidad y ni la pretensión de sobresalir. Sirvióle de estímulo, para haber adquirido la vastísima instrucción con que asombraba, en primer lugar, satisfacer la necesidad imprescindible de su espíritu, que rayaba en pasión, de leer y más leer, y en segundo lugar, así cumplía con el secreto mandato de su presentimiento de llegar á ser, no sólo el seguro amparo de quienes acudieran á él en sus enfermedades, sino la luz de sus comprofesores, y el oráculo de los que se acercaban á él con deseos de instruirse. Hé allí al hombre. Todo un pueblo fué testigo de aquellas relevantes virtudes.

En aquel humildísimo Hospital, dirigido por un pasante de medicina, comenzó la enseñanza de tan humanitaria profesión. Gonzalitos bajo su dirección hizo estudiar los dos primeros cursos de aquella carrera á los jóvenes Ignacio Garza García y Blas G. Diaz, quienes sustentaron un lucido examen, habiendo sido los sinodales los Dres. Carlos Ayala, Francisco Arjona y Bernardo Fougá: los sustentantes presentaron un esqueleto humano preparado por ellos. El Sr. Garza García concluyó con brillantez su carrera en México y ejerció la profesión en esta capital, respetado por sus comprofesores. El Sr. Diaz se recibió aquí: vivió en Cadereita: fué el alumno más antiguo de la enseñanza de medicina en Nuevo-León.

El trastorno ocasionado con motivo de la